

Haciendo cambios en la mediana edad.

Judy Steed

Viernes 28 de diciembre de 2001

"Ahora soy mucho más yo misma".

Así lo afirma Miriam Garfinkle, una médica de familia que recientemente dejó el concurrido Centro de Salud de Spadina, que fundó con su exmarido en 1984, para trabajar en salud comunitaria.

El año pasado, después de poner fin a su matrimonio, regresó al Centro de Salud para Mujeres Inmigrantes, donde había sido la primera médica mujer hace dos décadas, trabajando con Filomena Carvalho, "quien ha mantenido el centro vivo todos estos años", dice Garfinkle.

Dejar atrás una práctica privada que involucraba principalmente a pacientes de clase media para dedicarse a mujeres chinas, italianas, portuguesas, españolas, vietnamitas y antillanas era un imperativo que Garfinkle no podía ignorar.

"Me siento más feliz trabajando en proyectos e ideas en las que creo", comenta.

Y así es.

Recientemente se unió al Centro de Salud Comunitario de Regent Park, donde trabaja tres días a la semana (además de uno o dos días a la semana con mujeres inmigrantes). También dedica tiempo a la clínica Hassle Free en Church Street, atendiendo a jóvenes.

No es la idea de diversión de todos los médicos, pero para Garfinkle, los cambios dramáticos en su vida están enmarcados por el destino de su madre, quien murió joven de cáncer de mama cuando Garfinkle tenía solo 20 años.

A los 47, se dio cuenta de que la vida es corta. "Si hay cosas que quieras hacer, es mejor que las hagas mientras puedas".

Y cuando se mudó de la casa matrimonial a su nuevo apartamento, lo primero que compró fue un piano, para llevar música a su vida.

Garfinkle no está sola en su transformación en la mediana edad; es un proceso que afecta a más y más mujeres a medida que sus hijos crecen y tienen tiempo para reflexionar sobre sus necesidades personales. Como dice la Dra. Christiane Northrup en su exitoso libro "La Sabiduría de la Menopausia", ahora es el momento para las mujeres del babyboom¹ "ser pioneras en recrear la segunda mitad de sus vidas bajo nuestros propios términos".

Hace un año, Garfinkle causó conmoción y lágrimas entre sus pacientes -yo fui uno de ellos- cuando anunció que abandonaba su práctica. Nos sentimos desamparados. No nos habíamos dado cuenta de cuánto habíamos llegado a depender de nuestra médica familiar hasta que nos dijo que se iba; ella conocía nuestra historia personal y familiar de una manera íntima como nadie más.

Su partida no era algo que hubiéramos anticipado; los médicos rara vez abandonan una práctica lucrativa construida con arduo trabajo durante muchos años, por un destino que implica un salario más bajo.

A pesar de su resistencia a ser entrevistada y su horror ante la idea de parecer "una médica egoísta", Garfinkle prefiere dirigir su atención hacia otras personas y proyectos.

Es una tradición familiar.

"Mis padres me educaron para ser humanista", dice, "para mirar más allá de mi propio estilo de vida y preocuparme por los problemas de otras personas".

Fue en el club Norman Bethune, que lleva el nombre de un médico canadiense que trabajó en China durante la revolución, donde los padres de Garfinkle se conocieron en la década de 1930. Activistas sociales que recaudaron dinero para luchar contra el fascismo durante la Guerra Civil Española, colgaron la bandera antifascista española en la sala de recreo del sótano, en un barrio de clase media de Toronto, cerca de Lawrence Avenue y Bathurst Street.

"Mi madre decía que no era religiosa, que creía en la humanidad", dice Garfinkle, quien cuando era adolescente se involucró en el boicot a las uvas de California, en apoyo a los esfuerzos de César Chávez para organizar a los recolectores de frutas y verduras.

Cuando era adolescente en un campamento de verano sionista, solía repartir el manifiesto palestino a sus compañeros estudiantes judíos. En cuanto a la crisis actual en Oriente Medio, cree que es más importante que nunca que judíos y palestinos conozcan los problemas del otro.

Hoy en día, quiere hablar de las mujeres inmigrantes -350 al mes, más de 3.000 al año- que acuden a la clínica de Toronto en busca de ayuda. Se llega a otras 6.000 mujeres a través de talleres y unidades móviles clínicas.

Miriam, elogia el centro de Regent Park y su "programa de sucesión", un plan a largo plazo para alentar a los estudiantes a permanecer en la escuela, para convertirse en los médicos y enfermeras que eventualmente dirigirán el centro.

A pesar de todas las prisas y el estrés de su vida, como madre soltera haciendo malabarismos con tres trabajos. "Vuelvo a ser yo misma", dice. "Todo parece fluir de nuevo. Así solía ser cuando era más joven".

Sus dos hijos, ambos adolescentes, se "divierten" con las pasiones de su madre, dice Garfinkle, pero no se desanima. Siente que es importante no tener miedo de explorar la vida, hacer cambios y descubrirse a sí misma. Ha encontrado que es una lucha resistir la presión para conformarse y permitir que tu identidad evolucione. "No sé qué seré cuando sea grande, pero seré yo", dice.

Garfinkle también es parte de un panorama más amplio. Los estadísticos estiman que para el año 2008, las mujeres entre las edades de 50 y 65 años serán el grupo demográfico más grande en América del Norte. "Hay una masa crítica de nosotras", escribe Northrup, "y estamos empezando a conocer nuestro propio poder. Aún nadie sabe cuánto podemos lograr cuando ingresamos a nuestros negocios, iglesias, clubes y familias, y, de manera tranquila y pacífica, nos dedicamos a cambiar el mundo."